

ILLUSTRACIONES

EL CRISTIANISMO Y EL IMPERIO.

LECCION NOVENA.

SEÑORES :

Al terminar en esta noche mis lecciones, que, contando con el auxilio del cielo y la benevolencia del público, pienso continuar en el próximo venidero curso, lecciones en que he procurado manifestar una vez más que la causa de la libertad es de todos los tiempos, que la razon, el derecho y la justicia se desarrollan lenta, pero progresivamente en toda la historia; al terminar en esta noche mis lecciones, decia, yo, que solo guardo en mi corazon simpatías para los oprimidos, odio y horror para los opresores; yo, que saludo alborozado en la historia, el instante sublime en que se quiebran las cadenas del siervo, en que amanece un nuevo rayo de luz en la conciencia humana; yo, que no mido la grandeza de las civilizaciones, ni por la extension de sus dominios, ni

por la fuerza de sus ejércitos, ni por la soberbia de sus obras, sino por la mayor suma de libertad y bienestar que goza ese pobre oprimido pueblo, que ha amasado con sus lágrimas y con su sangre toda la tierra; yo, para coronar mi obra, voy á ofreceros el instante sublime del nacimiento del apostolado cristiano, instante en que la palabra de los ignorantes eclipsa la soberbia de los sabios, y los brazos de los débiles rompen, destrazan las armas de los fuertes, y el aliento de fuego, exhalado por unos pobres desconocidos misioneros, derrite la corona autocrática en la frente de los Césares, como para enseñar eternamente á las generaciones, que cuando los pueblos son tan viles que, olvidados de sus derechos y sus deberes, se entregan de grado á la coyunda vil del despotismo, Dios, que ha dado al hombre la libertad para que la practique; Dios, que ha señalado á las naciones la ley del progreso como á los astros sus luminosas órbitas; Dios, que no puede consentir que prevalezca en el mundo la tiranía y la injusticia, manda el fuego de su ira desde el cielo para que consuma y devore á los tiranos. (Estrepitosos aplausos.)

Cumplido el fin providencial del Imperio, sujeto el mundo á la obediencia de Roma, esclavizadas todas las razas, silenciosas todas las gentes, fundidas en una todas las naciones, apagada la antigua conciencia religiosa, moribundos los dio-

ses, sin fuego el ara, sin ofrendas el altar, puestos en el cielo todos los mónstruos que más habian perseguido á los hombres; tocada la ciencia de un misticismo exaltado, signo de su próxima é inevitable ruina; espirando el arte entre congojosas endechas; perdidas las antiguas severas costumbres; convertida toda la tierra en impura mancebía de los emperadores romanos; dividida y rasgada la púrpura imperial entre las aceradas lanzas de las regiones bárbaras y extranjeras; hirviendo una tempestad pavorosa en las orillas del Rhin y del Danubio, que amenazaba dar en tierra con la gigantesca Roma; el mundo se hubiera perdido, la civilizacion se hubiera acabado, si en el seno de las catacumbas no hubiera existido la idea cristiana, mantenida por pobres apóstoles, gente baladí y grosera, á quienes sus tiranos, sus perseguidores, sus verdugos llamaban enemigos de la propiedad, porque solo querian la posesion de los espíritus; enemigos de la familia, porque condenaban la tiranía del padre y querian exaltar la dignidad de la mujer; enemigos de toda religion, porque levantaban sobre los despedazados cadáveres de los dioses la idea santísima de la unidad de Dios; gente baladí y grosera, destinada á ser pasto de los brutos en el circo, alimento de las hogueras; pero gente, que proclamando desde el fondo del martirio en el potro, en el tormento, la unidad pura de Dios, la verdad de la religion, la

santa union de todos los pueblos y de todas las razas, al mismo tiempo que dirigian la conciencia humana á su Criador impulsaban con su aliento á la tierra en su camino por los derroteros del progreso. (Aplausos.)

Mas para estudiar el nacimiento del apostolado, es preciso volver los ojos á Israel, y estudiar en Israel su gran cualidad, la constancia. En vano los egipcios habian querido darle á beber el jugo de aquellas religiones nacidas en las márgenes del Nilo; en vano los asirios habian destrozado sus templos, roto las tablas de las leyes, y conducido cautivos los hijos de Israel á las márgenes del Eufrates para que oyeran los cantos de sus dioses en las ramas de los llorosos sáuces; en vano los persas le habian mostrado aquellos sus templos inundados de luz; en vano Alejandro habia querido arrojar el alma de aquel pueblo en la fusion universal que ideaba de todas las razas del Oriente; en vano los Seleúcidas habian repetido los cantos de las nereidas y de las sirenas de Grecia en los oidos de Israel para que cayera de hitos ante los altares paganos; en vano Antioco habia querido destrozár aquel pueblo bajo las ruedas de su carro para formar con todo el Oriente un imperio que pudiera contrastar el inmenso poder de Roma; todo en vano, porque Israel, como un solitario apartado de todos los pueblos, lejos de todo el movimiento de la historia, como un ce-

nobita que se alza en un monte, más allá de la región de las tempestades, vivia en su santuario, al calor del fuego del sacrificio, conservando pura la idea santísima de la unidad de Dios, como el tallo de que habia de brotar la eterna flor de nuestra fé religiosa. (Generales aplausos.)

Señores: ¿qué cambio se ha verificado en Israel? ¿Por qué todos los ojos se vuelven á lo porvenir? ¿Cuántas sectas han salido de su seno? ¿Qué esperan? Jerusalem, apegada á sus tradiciones, vuelve los ojos á lo porvenir como atraída por una celeste esperanza. La secta de los Esemios representa admirablemente el estado extraordinario de Jerusalem. Esta secta, no obstante adorar al verdadero Dios y tener por templo la sinagoga, se refugia en el seno de los desiertos, y allí vive la vida inocente, primitiva, pero bárbara del comunismo; abre de dia y de noche las puertas de sus chozas para que entre á reposar el cansado viajero y el errante peregrino; protege á los débiles y á los desgraciados, como si presintiera que la felicidad y la desgracia van á ser santificadas en la tierra por un soplo del cielo; condena la esclavitud y destroza las cadenas de los siervos; busca á Dios más que en la oracion mística, en la práctica de las buenas obras; y llena de esperanzas, de revelaciones proféticas aguarda un cambio en la historia, el descendimiento del prometido á la tierra; siendo sus sectarios como una especie de

profetas que pasan su vida poniendo los oídos en tierra para escuchar si á lo lejos se oyen los pasos del que ha de venir; tornando los ojos á la sonrosada nube, que al caer la tarde, herida por el sol poniente, aparece en los límites del horizonte, para ver si se abre y llueve el Verbo que ha de redimir al hombre, orando á las puertas de sus cabañas, fijos los ojos en las estrellas, en la seguridad de que la más brillante ha de bajar á posarse en la copa de las palmeras, y traer en sus alas al hombre divino destinado á libertar en su esclavitud á la tierra. (Generales aplausos.) Y al mismo tiempo, todos los judíos creían que Dios no podía consentir la esclavitud de su pueblo, que iba á bajar en carro de fuego, precedido de numerosos ejércitos, acompañado de esclavos, vibrando un rayo en sus manos, dispuesto á levantar á Israel sobre todas las naciones de la tierra, y á precipitar en el polvo á sus enemigos, como en otro tiempo precipitó airado á los Faraones y sus guerreros en las alteradas ondas del mar Rojo.

El que habia de venir, viene; el que habia de llegar, llega; pero no viene, ni en el seno de la sonrosada nube, ni en alas de las estrellas, sino manso y humilde en el seno de la pobreza y de la desgracia; no viene acompañado de numeroso ejército, sino de su bendita palabra y de su eterno amor; no viene seguido de esclavos, sino ansioso de acabar con todas las esclavitudes; no viene

blandiendo la espada del tirano, sino pronto á quebrantar todas las tiranías; no viene á levantar un pueblo sobre otro pueblo, ni una raza sobre los huesos de otra raza, sino á estrechar contra su pecho y á bendecir con el infinito amor de su corazón todos los pueblos y todas las razas; Dios de paz y de amor, que despues de haber estendido los inmensos azules cielos, y haber derramado en los cielos, como una lluvia de luz, las estrellas, y haber hecho salir del oscuro seno del caos la tierra coronada de flores, ¡Él! causa de toda vida, autor de toda existencia, se despoja de su vida, de su existencia, por la salud y la libertad de los hombres en el altar sublime del Calvario. (Entusiastas aplausos.)

Muerto Jesucristo, no muere el Cristianismo. Ahí está la Iglesia, que lo representa; la Iglesia, que es su depositaria; la Iglesia, que en los cinco primeros siglos que examinamos, define, desarrolla, confirma los dogmas, llama las clases pobres á participar del sacerdocio, reservado antes á las clases privilegiadas; establece la igualdad humana, la igualdad natural; infunde un nuevo espíritu en las venas corroidas y canceradas de la sociedad antigua, y logrará que los bárbaros, aquellos bárbaros llenos de odio, caigan de hinojos al pié del Capitolio, que quieren destruir con sus hambrientas espadas, para levantar sobre los restos de la Roma idólatra el reinado de la Roma

cristiana, que va á ser el centro de la historia moderna. Ver el nacimiento y las luchas de la Iglesia y sus victorias merece detenido estudio. Convertamos ahora los ojos al instante en que aparece en la historia, para salud y libertad del mundo, el apostolado cristiano.

¡Qué situación tan extraordinaria la de Jerusalem al aparecer el apostolado! Incendiada Tiro por las teas de Alejandro; esparcidas en el viento las cenizas de la antigua Cartago; convertidas Nínive y Babilonia en inmensos desiertos, donde solo se oía el rugir de los leones y el maullar de los tigres y chacales; eclipsadas ó decaídas todas las ciudades que podían rivalizar con Jerusalem, la ciudad santa, término medio entre Egipto y Persia, centro de tres grandes continentes, descanso de las caravanas que desde las orillas del Mediterráneo van al interior del Asia, y del interior del Asia vuelven cargadas de mirra, de aloe, de marfil, de oro, á las orillas del Mediterráneo; levantada en altos desfiladeros, que son á un tiempo su trono y su fortaleza, guarda en sus recintos gentes de todas las naciones: persas, que han visto sus dioses presa de ambiciosos conquistadores, sus dioses invencibles, y desean un nuevo dios; griegos y romanos, que han oído en las riberas del Mediterráneo las azules plácidas hondas quejarse en son doliente de la próxima agonía de las hermosas divinidades olímpicas; judíos, que de todos los

puntos del horizonte van al templo santo, porque han contado las setenta semanas de Daniel y esperan ver el prometido á su pueblo; y mientras estos sentimientos religiosos agitan todos los corazones, y esta exaltación religiosa se apodera de todas las conciencias, del seno del desierto, de las orillas del Jordan, de Galilea, de Samaría, de las áridas riberas del mar de Tiberiades, de las cavernas de las montañas, salen unos pobres apóstoles, diciendo que un criminal, muerto en la Pascua anterior, cuyo recuerdo se había borrado hasta de la conciencia de sus jueces, era el Hijo de Dios, desconocido por los hombres, el Verbo divino, sacrificado impiamente por la humanidad; palabras que les atraían muchas persecuciones pero también muchos sectarios, los cuales, en las calles, en las plazas, en aquellos templos que habían escuchado por espacio de tantos siglos las salmodias de los sacerdotes de Jehová, predicaban las ideas de una nueva religión, que ansiosas recogían todas las gentes, que devoraba, como la lluvia el desierto, la árida conciencia de todo el universo. (Aplausos.)

El Cristianismo debía encontrar graves obstáculos en su carrera por el mundo, obstáculos en el espacio, obstáculos en la conciencia. Un día, á la puerta, del templo, un jóven predicaba la buena nueva. El pueblo le oía estático, los sacerdotes escuchaban atentos; las palabras de aquel jó-

ven eran como el anuncio del nuevo mundo, como el vagido de la nueva idea en su cuna. El jóven decia que su ley era de caridad, que su doctrina era como el ósculo impreso por Dios en el alma humana, cual si quisiera crearla de nuevo para su gloria y para mostrar su grandeza. Al mismo tiempo que derramaba en el ánimo de las gentes tan dulces consuelos y tan divinas esperanzas, se volvía indignado contra los fariseos, los falsos sacerdotes de la ley antigua, y los conminaba por haber herido la cabeza del Justo, por haber ahogado entre sus brazos el hijo del hombre, que debía derramar como una lluvia la vida de Israel en toda la tierra. Los sacerdotes oyeron estas palabras, y adivinaron toda su trascendencia. Uno de ellos se inclinó al suelo, cogió una piedra y la arrojó á la frente del jóven tribuno de Dios. El pueblo imitó la conducta del sacerdote. El jóven cayó herido, su pura sangre tiñó las gradas del templo, su alma se perdió como un suspiro en el cielo. Prueba evidente, señores, de que las nuevas ideas necesitan para alimentarse de la vida de sus apósteles; prueba evidente de que así como el árbol crece del jugo de la tierra donde nace, las ideas crecen con la sangre de sus sectarios; pero no debemos por esto afligirnos, que mientras el nombre de los perseguidores de la verdad, de los tiranos, de los verdugos, ó muere y se olvida, ó pasa de generacion en generacion rodeado de eter-

nas maldiciones, la aureola purísima de los mártires, de los perseguidos por la causa de la justicia, resplandece eternamente, como luz inmortal en todas las páginas de la historia. (Generales aplausos.)

Mas no eran estos los únicos obstáculos que encontrara el Cristianismo; tambien los encontraba muy grandes en la ciencia. Un dia San Pedro iba camino de Samaria, al paso encontró un hombre que le dijo: «Pedro, toma todo mi oro, y dame el espíritu de Dios.» San Pedro le contestó: «Maldito sea tu oro, no descenderá el espíritu de Dios sobre tu alma.» Aquel hombre se llamaba Simon el Mago. Habia recibido en su frente el agua del bautismo, pero no habia recibido en su alma el espíritu de Dios; su mente se habia abismado en los misterios de la naturaleza y del espíritu, su corazon en el combate de todas las pasiones humanas; las ideas de todos los cultos, los dioses de todas las teogonías, se atravesaban como sombras y rayos rotos de luz en su conciencia; los ecos de todas las artes, los cánticos de todos los poetas, la voz de todas las generaciones, resonaban en sus oidos; la idea humana en todo su brillo habitaba los profundos abismos de su conciencia; la descomposicion de la sociedad antigua era la misma descomposicion de su mente; exaltado por aquella embriaguez de pensamientos, mago, que evocaba sueños, hechicero que componia maravillo-

los brevajes, poeta, orador, imágen fiel de su tiempo, copia del caos en que vagaba perdida la antigua sociedad, la antigua ciencia; aquel hombre enseñaba al pueblo que él era hijo del amor de la eternidad con el tiempo, que en su alma residían los modelos de todas las ideas, y en su palabra la energía de todas las cosas; que su hermosa Elena (una mujer que consigo llevaba) era la madre inmortal de los astros y de los ángeles, los cuales, al sentirse creados y al verse tan hermosos, se habían cubierto con sus alas, desoyendo la voz de la hermosa que les diera pródiga el sér; que él mismo, á pesar de que era espíritu puro, sustancia inmortal, se había escondido en el seno frágil y quebradizo de un cuerpo, de una organización material, para revelarse palpablemente á los mortales, y que la tierra y la humanidad trasfiguradas, merced á sus palabras, regeneradas, irían de esfera en esfera, de astro en astro, subiendo hasta perderse en el inmenso seno del padre, en el mar sin riberas de la eterna vida; ideas fantasmagóricas, delirios cabalistas y alejandrinos, ensueños producidos en la mente del viejo mundo por la fiebre de la agonía, conjuros con que el espíritu de retroceso pretendía ahogar en su cuna el naciente Cristianismo. (Aplausos.)

Y al mismo tiempo que Simon el Mago predicaba esta doctrina, el espíritu griego personificado en Apolonio de Tyada iba al Oriente como á

fortificar en sus fuentes bautismales la escuela pitagórica. La vida de Apolonio era un misterio, sus costumbres, al parecer, puras, su palabra elocuente, su imaginación poética, su actitud severa, majestuosa; vestía de blanco lino, solo comía frutas, andaba descalzo, y el rubio cabello le caía sobre las espaldas, cubriéndolas como una clámide de oro. Sus ideas, esencialmente paganas, tendían á resucitar la antigua escuela itálica, el Dios, centro de las esferas, la armonía de los mundos, las relaciones del alma con su Dios por medio de la música. Los historiadores eclesiásticos dicen que Apolonio quiso darse frente á frente de los cristianos por salvador á los hombres; los historiadores profanos le niegan éste carácter, pero todos convienen sin duda en que el carácter de estas escuelas, extraordinario en verdad, era predicar á los pueblos, rodearse de las gentes, ir de región en región, queriendo llevar á la conciencia humana algo de misterioso, algo de divino.

Simon el Mago es el espíritu oriental, que quiere darse por salvador á los hombres; Apolonio es el espíritu griego, que quiere cumplir esta misma obra. Estado en verdad extraordinario en el mundo. Todas las ciencias, todos los pensadores buscan un salvador para la sociedad, un redentor para el hombre. Las escuelas filosóficas más misteriosas, aquellas que nunca revelaron sus dogmas á la gente, por una inclinación que

no sabian explicarse, descubren sus misterios, predicán á la luz del día, revelan sus dogmas, los reparten pródidas entre todas las gentes, van de nacion en nacion extendiendo su doctrina, sienten invencible necesidad de relacionarla con el cielo, de inspirarse en lo infinito; y de aquí esa exaltacion mística de todos los sistemas que por estos tiempos aparecen, ese delirio por descubrir algo divino en la conciencia, ese afán de mezclar todas las doctrinas, todas las escuelas, todos los dioses, para extraer una idea con que consolar á la doliente humanidad.

Ni el espíritu griego, ni el espíritu oriental, podrán redimir al mundo; tal obra es del espíritu divino. Ni griegos, ni romanos, ni orientales, propagarán esta doctrina, sino el hombre, sí, el hombre regenerado y libre. El que ve á Dios y conversa con él por medio de sus ideas y de sus obras; el que siente derramarse por su pecho el fuego celestial de la libertad; el que rompe bajo sus plantas el yugo vil del destino; el que hiere en la frente la antigua bárbara casta; el que baja á la choza donde yace la humanidad paralítica y le dice: levántate y anda y vé á difundir el espíritu de Dios por toda la tierra; el que se inclina sobre el polvo donde llora el esclavo con la triste marca de su servidumbre en la frente, y le alza de su degradacion, y promete á sus dolores el cielo, y le infunde el sentimiento de la propia dignidad,

primer instante de su emancipacion progresiva; él que erige altares á cuyos piés no hay ni griego, ni romano, ni judío, ni señores, ni esclavos, sino solo hombres y hombres libres; el que obra todas estas maravillas y dá su sangre por la salud de los oprimidos y de los desgraciados; ese hombre, norma de todos los tiempos, iluminado por el cielo, enviado de Dios, tribuno de la eterna libertad, tendrá el grandioso destino de sacar á la humanidad del seno de las sombras de las antiguas sociedades, y ceñir á sus sienes la eterna aureola de la verdad religiosa. (Aplausos).

Los apóstoles se reúnen primero en Jerusalem. Al darse el santo ósculo de paz, se reparten mutuamente sus almas. El fuego del espíritu divino ha descendido sobre sus frentes, el eterno amor sobre sus corazones. Rechazan todo lo terreno como inútil y se acogen fuertemente á su divina idea. No quieren tener nada en la tierra, porque anhelan la posesion de los espíritus que les ha decretado la Providencia. Delante de los ídolos van á predicar un solo Dios; en presencia del mundo esclavizado van á levantar la bandera inmaculada de la libertad. Sus enemigos tienen toda la tierra y todo el poder, y ellos solo tienen su palabra y su corazón. Mas por su causa pelea Dios. En las calles de Jerusalem son perseguidos, y aquellas persecuciones són sus primeras victorias. De cada gota de sangre que derraman, sa-

len millares de apóstoles ansiosos de abrasar en el fuego de su pensamiento la vieja sociedad. Cuando sus enemigos los persiguen, ruegan á Dios por sus enemigos. Cuando se ven odiados de los hombres, crece su amor por los hombres. Los mismos que van á libertar, los rechazan, y de la ingratitude humana apelan á la justicia divina. En Jerusalem se reúnen los sacerdotes, los arrojan de la Sinagoga, pero ellos toman posesion de otro templo más hermoso y más digno de Dios, de la conciencia humana.

Mas es necesario estudiar el carácter que tomaron los cristianos primitivos, recién-convertidos del judaismo. El corazon ama la patria, y como el árbol, agarra fuertemente sus raices á la tierra donde nació; y el alma del hombre ama esa otra patria intelectual, sus primitivas creencias, y vive de su jugo; y como esto es natural en nuestro espíritu, los primeros conversos, antes judíos, creyeron que el Cristianismo era un apéndice de la Biblia; que el Templo eterno debia ser la Sinagoga; que la raza semítica debia gozar la dignidad privativa del sacerdocio; que el alba del nuevo dia estaba destinada á iluminar solamente á los judíos, que era necesaria la circuncision como un precedente al bautismo; que el Evangelio debia escribirse en hebreo, puesto que el pueblo judío era el predilecto del Dios del Calvario como el escogido del Dios del Sinaí; sentido mezquino y es-

trecho, que si hubiera continuado, si hubiera sido posible que continuara, lo cual no cabia ni en el plan eterno de la Providencia, ni en las leyes divinas de la revelacion, por opuesto al pensamiento del Divino fundador del Cristianismo, por contrario á los progresos de la Iglesia universal, hubiera hecho de nuestra religion una secta judía, acaso como la secta de los Esénios, perdida en un misticismo estéril, sujeta al carácter de la raza semítica, despojada de toda su universalidad y grandeza. Esto es tan cierto, que las prácticas de la antigua ley continuaban, los fieles asistian á las sinagogas y presentaban ofrendas á los mismos sacerdotes judíos. A pesar de haberse inaugurado el culto del espíritu, aún la sangre de los animales corria sobre el altar derramada por los judíos recién-convertidos al Cristianismo. Muchos ilusos semitas veian con recelo que pueblos idólatras pudieran penetrar en el recinto sagrado de su templo y en el seno de su doctrina. No comprendian que la ley de las venganzas estaba concluida y sellada, y que se iba á dar principio á la ley del amor y de la misericordia. Como Jesucristo habia reconciliado el hombre con Dios, la Iglesia su heredera debia reconciliar el hombre con el hombre, las razas con las razas.

Para cumplir esa mision providencial aparece en la historia San Pablo. Judío por su familia, poseia la idea verdadera de la unidad de Dios; griego

por educacion, poseia ideas muy claras sobre la naturaleza del hombre; ciudadano de Roma por privilegio, como todo ciudadano de Roma, tenia conciencia de la unidad del mundo y de la union de las razas; exaltado, apasionadísimo amaba hasta el delirio y aborrecia hasta la venganza; y así, cuando judío, fué el primero que se bañó en sangre de los mártires; y convertido al Cristianismo, porque un rayo de luz divina hirió su conciencia, su amor le llevó por toda la tierra, su actividad no se dió punto de reposo, su entereza sufrió toda suerte de persecuciones y adversidades; tres naufragios, las varas de los procónsules que desgarraron sus carnes, las piedras de los paganos que rompieron sus huesos, las asechanzas de las fieras en el desierto, la furia de los elementos que tostaron su piel y consumieron su sangre; desgracias que ni le amedrentaron, ni fueron parte á impedir su maravillosa predicacion, pues en Efeso hace temblar sobre su pedestal á la diosa Diana, y en Corinto consigue cerrar el templo de Venus, y delante del Areópago de Atenas predica la verdad de un Dios, más sublime que el Dios de Sócrates, y en Jerusalem dice ante la raza egoista semítica que, despues del Cristianismo ya no hay ni griegos, ni romanos, ni judíos, sino solo hombres; y trabaja incansable por su divina idea, iluminándola á los ojos de la historia con su amor, con el fuego de su exaltado espíritu. (Prolongados aplausos).

Así como Jesucristo en su religion une la idea del hombre con la idea de Dios; San Pablo en sus predicaciones une los semitas, la raza de los sacerdotes, con los indo-europeos, la raza de los guerreros. La idea de San Pablo no se detiene en el nido primitivo de la sinagoga; al calor del fuego del antiguo sacrificio, abre sus alas, y perdiéndose en el cielo, abraza á todos los pueblos y á todas las gentes. Para él hay algo superior á los griegos, á los judíos, á los romanos: el hombre; y una idea superior á toda idea de patria: la humanidad. Su palabra abrasada en el fuego de la divina fé en que arde su corazon, quiere quebrantar todos los privilegios, borrar todas las diferencias de raza, establecer bajo la unidad de Dios la unidad del hombre. En San Pablo empiezan los tiempos verdaderos de la fé; no ha visto á Jesucristo, no le ha conocido; no ha abrazado desde el primer momento la religion, antes la ha perseguido; y sin embargo, por misteriosa revelacion, es el celoso defensor de Cristo, el apóstol de su doctrina entre las naciones y entre los gentiles. El alma de San Pablo, apoderándose de la idea de la unidad del hombre, que posee como romano, y de la idea de la unidad de Dios, que posee como judío, y de la union de estas dos ideas en Jesucristo, comienza á abrir las puertas del santuario cristiano á los gentiles, y les dice que no necesitan conocer la Biblia para conocer la verdadera doctrina, por-